



Querido Juan Pablo:

Simplemente te escribo. No sé si leerás mi carta. Me importa hacerlo porque quiero contarte cosas importantes, cosas más, de mi pueblo. ¿Es un atrevimiento? ¿Es una nimiedad? ¿Algo intrascendente? Tal vez... pero ojalá me leas...

Sé que te interesa el hombre, los hombres. Sé de tu cariño especial hacia los pobres, los que sufren, los enfermos; sé de tu preocupación por la justicia y la paz. Tu visita es un signo de todo eso y allí está quizás lo que me anima a entablar este diálogo contigo. Perdona si te molesto pero no creo que lo haga...

Tengo una preocupación... ¿qué vas a decir en tus discursos? ¿Cuál será el mensaje de sus homilías? ¿Cuáles van a ser tus gestos? Muchos querrán usarte, sobre todo la derecha oligárquica y conservadora, isaben tan bien como hacerlo! Conserva tu libertad evangélica, sería trágico si así no sucediera.

Juan Pablo, nuestro pueblo está triste, una tristeza que ahoga, que mata. Triste por las descaradas mentiras del gobierno que nos entrega atados al FMI frustrando muchas esperanzas, triste por la traición y la mediocridad de los políticos preocupados sólo por sus internas y sus puestos, triste por la soberbia militar que quiere reconocer ni uno solo de sus crímenes y no reniega de su nefasta ideología, triste por los acomodos sindicales que impiden un plan de lucha coherente y eficaz, triste por los miedos de nuestros obispos que no dejan paso a la audacia del Espíritu...

Nos han robado la esperanza, nos han quitado el espíritu de lucha, nos han matado la alegría.

Los villeros, los presos, los obreros, los jóvenes sin oportunidades, las empleadas domésticas, los campesinos, los ancianos, los indios, los niños, todos sentimos que nos oprimen, que nos alienan, sufrimos las garras del imperio y su impiedad... todos te pedimos que tus palabras sean garas del imperio y su impiedad... todos te pedimos que tus palabras sean vida, que tu mensaje no sea ambiguo, que dejes, quizás la prudencia y la diplomacia, y te unas al grito del pueblo, grito que es denuncia, que es súplica, grito que exige justicia.

Ojalá reconozcas en nuestras lágrimas el rostro sufriente de Jesús. El Jesús de los pobres, el Jesús del dolor, el Jesús de la esperanza y de la resurrección. Creo que será así, son tus mismas palabras las que te comprometen, las pronunciaste en Filipinas, permíteme recordártelas y terminar con ellas: "En los rostros de los pobres veo el rostro de Cristo. En la vida del pobre veo reflejada la vida de Cristo. En consecuencia, el pobre y el discriminado se identifican más fácilmente con Cristo, porque en El descubren a uno de los suyos".

P. Nicolás Alessio  
Córdoba